

2 DOMINGO DE CUARESMA / C

Tema

Las lecturas de este domingo nos invitan a reflexionar sobre nuestra “transfiguración”, nuestra conversión a la vida nueva de Dios; en ese sentido, se nos presentan algunas pistas.

La primera lectura nos presenta a Abrahán, el modelo de creyente. Con Abrahán, somos invitados a “creer”, esto es, a tener una actitud de confianza total, de aceptación radical, de entrega plena a los designios de ese Dios que nos habla y que es siempre fiel a sus promesas.

La segunda lectura nos invita a renunciar a esa actitud de orgullo, de autosuficiencia y de triunfalismo, resultante del cumplimiento de ritos externos; nuestra transfiguración es fruto de una verdadera conversión del corazón, edificada día a día bajo el signo de la cruz, esto es, del amor y de la entrega de la vida.

El Evangelio nos presenta a Jesús, el Hijo amado del Padre, cuyo éxodo (la muerte en cruz) realiza nuestra liberación. El proyecto libertador de Dios en Jesús no se lleva a cabo a través de esquemas de poder y de triunfo, sino por medio de la entrega de la vida y del amor que se da hasta la muerte. Ese es el camino que conduce, a nosotros también, a transfigurarnos en Hombres Nuevos.

1. Primera lectura: Lectura del libro del Génesis 15, 5-12. 17-18

En aquellos días, Dios sacó afuera a Abrán y le dijo: «Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes.» Y añadió: «Así será tu descendencia.» Abrán creyó al Señor, y se le contó en su haber. El Señor le dijo: «Yo soy el Señor, que te sacó de Ur de los Caldeos, para darte en posesión esta tierra.» Él replicó: «Señor Dios, ¿cómo sabré yo que voy a poseerla?» Respondió el Señor: «Tráeme una ternera de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón.» Abrán los trajo y los cortó por el medio, colocando cada mitad frente a la otra, pero no descuartizó las aves. Los buitres bajaban a los cadáveres, y Abrán los espantaba. Cuando iba a ponerse el sol, un sueño profundo invadió a Abrán, y un terror intenso y oscuro cayó sobre él. El sol se puso, y vino la oscuridad; una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados. Aquel día el Señor hizo alianza con Abrán en estos términos: «A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto al Gran Río Éufrates.»

1.1 Ambientación

La primera lectura de hoy forma parte de la llamadas “tradiciones patriarcales” (Gn 12-36). Son “tradiciones” que mezclan “mitos de los orígenes” (describían la “toma de posesión” de un lugar por parte del patriarca del clan), “leyendas culturales” (narraban cómo se había aparecido en ese lugar un dios al patriarca del clan), indicaciones más o menos concretas sobre la vida de los clanes nómadas que circulaban por Palestina y reflexiones teológicas posteriores destinadas a presentar a los creyentes israelitas como modelos de vida y de fe.

Los clanes mencionados en las “tradiciones patriarcales”, sobre todo los de Abrahán, Isaac y Jacob, tenían sus sueños y esperanzas. El denominador común de esos sueños era la esperanza de encontrar una tierra fértil y bien irrigada, útil para tener una familia fuerte y numerosa que perpetuase la “memoria” de la tribu y se impusiese a los enemigos. El dios reconocido por ese grupo era el que hacía posible ese ideal.

En ese “ambiente” es en el que este texto nos sitúa. Ante Dios, Abrahán se lamenta (cf. Gn 15,2-3) porque su vida está llegando a su fin y su heredero será un siervo, Eliecer (conocemos contratos del siglo XV antes de Cristo donde se estipula, en caso de que falten los hijos, la adopción de esclavos que, a su vez, se comprometen a dar a su señor una sepultura conveniente. Parece ser que es a esa costumbre a la que el texto alude). ¿Cuál será la respuesta de Dios ante la lamentación de Abrahán?

1.2 Mensaje

La primera parte de este texto comienza presentando a Dios respondiendo a Abrahán y asegurándole una descendencia numerosa “como las estrellas del cielo” (v. 5). En la secuencia, el narrador deja a Abrahán contemplando en silencio el cielo estrellado y se dirige al lector, para

comunicarle sus propios juicios teológicos (v. 6): Abrahán creyó en Yahvé y, por eso, el Señor le consideró como justo. La fe (se utiliza el verbo “aman”, que significa “estar firme”, “ser leal”, “creer plenamente”) de la que aquí se habla traduce una actitud de confianza total, de aceptación radical, de entrega plena a los designios de Dios; la justicia es un concepto relacional, que expresa un comportamiento correcto con respecto a una relación comunitaria existente: aquí, significa el reconocimiento de que Abrahán tuvo un comportamiento correcto en su relación con Yahvé, al confiar totalmente en Dios y al aceptar sus planes sin ninguna duda o discusión.

Pero todavía hay algo más en la promesa de futuro: la garantía de una tierra (v. 7). Los dos temas, descendencia y posesión de la tierra, van asociados en estos casos.

La segunda parte del texto presenta a Dios haciendo los preparativos de un misterioso ceremonial. Se trata de un rito de conclusión de una alianza, conocido bajo esta u otra forma semejante en numerosos pueblos antiguos: se cortaban los animales en dos y se colocaban las dos mitades frente a frente; quien subscribía la alianza pasaba entre las dos mitades de los animales y pronunciaba contra sí mismo una especie de maldición, para el caso hipotético de que rompiera el pacto. Siguiendo el modo como entre los hombres se garantizaba la máxima firmeza contractual, el catequista bíblico acentúa la idea de un compromiso solemne e irrevocable que Dios asume con Abrahán. La promesa de Dios queda así totalmente asegurada.

Repárese, todavía, en otro detalle: Dios no exigió nada a cambio a Abrahán, ni Abrahán tuvo que pasar por entre los animales muertos (sólo Dios pasó, como una “antorcha ardiendo”). La promesa de Dios a Abrahán es, pues, totalmente gratuita e incondicional.

1.3 Actualización

Considerad, para la reflexión, los siguientes elementos:

- A pesar de la continua reafirmación de las promesas, Abrahán está viejo, sin hijos, sin la tierra soñada y su vida parece condenada al fracaso. Sería natural que Abrahán manifestase su decepción y su frustración ante Dios; sin embargo, la respuesta de Abrahán es de confianza total en Dios, aceptando sus proyectos y poniéndose al servicio de los designios de Yahvé. ¿Esta misma confianza total es la que marca mi relación con Dios? ¿Estoy siempre dispuesto, incluso en situaciones que no comprendo, a ponerme en las manos de Dios y a confiar en sus designios?
- El Dios que se revela a Abrahán es un Dios que se compromete con el hombre y cuyas promesas son garantizadas, gratuitas e incondicionales. Ante esto, estamos invitados a construir nuestra existencia con serenidad y confianza, sabiendo que en medio de las tempestades que agitan nuestra vida él estará allí, acompañándonos amándonos y siendo la roca segura a la que podemos agarrarnos cuando todo lo demás falle.

Salmo 26 *El Señor es mi luz y mi salvación. El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?*

El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?

Escúchame, Señor, que te llamo; ten piedad, respóndeme. Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro.»

Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio.

Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor.

2. Segunda lectura: Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses 3, 17—4, 1

Seguid mi ejemplo, hermanos, y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en nosotros. Porque, como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos, hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición; su Dios, el vientre; su gloria, sus vergüenzas. Sólo aspiran a cosas terrenas. Nosotros, por el contrario, somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo. Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos.

2.1 Ambientación

Desde la prisión (¿en Éfeso?), Pablo agradece a los filipenses la preocupación manifestada por ellos (enviaron dinero y a un miembro de la comunidad para ayudar a Pablo en su cautiverio), da noticias, les exhorta para que se mantengan fieles y les pone en sobre aviso en relación con los falsos predicadores del Evangelio de Jesús. Estamos, probablemente, en el año 56/57.

El texto que se nos propone como segunda lectura forma parte de un largo razonamiento (cf. Flp 3,1-4,1), en el cual Pablo avisa a los filipenses para que tengan cuidado con “los perros”, los “malos obreros”, los “falsos circuncidados” (cf. Flp 3,2).

¿Quiénes son esos a los que Pablo se refiere de una forma tan poco delicada? Muy probablemente son esos cristianos de origen judío (“judaizantes”) que se consideraban los únicos perfectos y detentadores de la verdad, que exigían a los cristianos el cumplimiento de la Ley de Moisés y que, de esa forma, extendían la confusión en las comunidades cristianas del mundo helénico. Las duras palabras de Pablo son fruto de su rebelión ante aquellos que, con su intolerancia, con su orgullo y autosuficiencia, confunden a los cristianos y ponen en duda la esencia de la fe (el Evangelio no consiste en el cumplimiento de ritos externos, sino en la adhesión a la propuesta gratuita de salvación que Dios nos hace en Jesús).

2.2 Mensaje

Los filipenses tienen ante sí dos posibles y muy diferentes ejemplos a seguir. Uno es el de Pablo, que se considera un corredor de fondo, que ya ha comenzado su carrera, pero que es consciente de que todavía no ha alcanzado la meta; otro es el de esos predicadores “judaizantes” que alardean participar ya, de forma plena y definitiva, del triunfo de Cristo. Pablo rechaza este triunfalismo y no duda en pedir a los filipenses que no imiten el ejemplo de orgullo de esos predicadores, sino el ejemplo del mismo Pablo. A los filipenses, y a todos los cristianos, Pablo les avisa de que en ningún caso deben considerarse como atletas victoriosos y coronados de gloria, sino como atletas en plena competición, esperando alcanzar la meta y la victoria. La salvación no está consumada; se encuentra todavía en proceso de gestación. Es un proceso en el que el cristiano va madurando progresivamente, bajo el signo de la cruz de Cristo.

En cuanto a esos, “su Dios, es el vientre” (Pablo señala aquí, con alguna ironía, las observaciones alimenticias de los “judaizantes”), ponen “su gloria, en sus vergüenzas” (sin duda, la circuncisión, signo de pertenencia al “pueblo elegido”) y “sólo aspiran a cosas terrenas” (algunos piensan que Pablo se refiere, aquí, a ciertas prácticas libertinas), esos han olvidado lo esencial y están condenados a la perdición.

Nuestro destino definitivo, según Pablo, no es un cuerpo corruptible y mortal, sino un cuerpo transfigurado por la resurrección. Como garantía de que será así, tenemos a Jesucristo, Señor y Salvador.

2.3 Actualización

En la reflexión de este texto, tened en cuenta los siguientes aspectos:

- En este tiempo de transformación y de liberación, estamos invitados por la Palabra de Dios a tener conciencia de que nuestro caminar, en busca del Hombre Nuevo, no ha concluido; se trata de un proceso que se hace día a día bajo el signo de la cruz, esto es, en una entrega total por amor que supera nuestros esquemas egoístas y cómodos.
- Considerarse (como los “judaizantes” de los que habla Pablo) como alguien que ya ha alcanzado la meta de la perfección por la práctica de algunos ritos externos (las normas alimenticias y la circuncisión, en el caso de los “judaizantes”, o las prácticas del ayuno y la abstinencia, para los cristianos), es orgullo y autosuficiencia: significa que todavía no nos damos cuenta de dónde está lo esencial: el cambio del corazón. Sólo la transformación radical del corazón nos conducirá a esa vida nueva, transfigurada por la resurrección.

3. Evangelio: Lectura del santo evangelio según san Lucas 9, 28b-36

En aquel tiempo, Jesús cogió a Pedro, a Juan y a Santiago y subió a lo alto de la montaña, para orar. Y, mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que, apareciendo con gloria, hablaban de su

muerte, que iba a consumir en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y, espabilándose, vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: «Maestro, qué bien se está aquí. Haremos tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.» No sabía lo que decía. Todavía estaba hablando, cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: «Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle.» Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

3.1 Ambientación

Estamos al final de la “etapa de Galilea”; durante esa etapa, Jesús ha anunciado la salvación a los pobres, ha proclamado la liberación de los cautivos, ha hecho que los ciegos recobren la vista, ha liberado a los oprimidos, ha proclamado el tiempo de gracia del Señor (cf. Lc 4,16-30). Alrededor de Jesús ya se ha formado ese grupo de los que han acogido la oferta de la salvación (los discípulos). Testigos de las palabras y gestos liberadores de Jesús, ellos ya han descubierto que Jesús es el mesías de Dios (cf. Lc 9,18-20). También han escuchado decir que el mesianismo de Jesús pasa por la cruz (cf. Lc 9,21-22) y que los discípulos de Jesús deben seguir el mismo camino del amor y de la entrega de la vida (cf. Lc 9,23-26); pero, antes de subir a Jerusalén para ser testigos de la manifestación total de la salvación, reciben la revelación del Padre que, en lo alto de una montaña, atestigua que Jesús es el Hijo bien amado. Los acontecimientos que se aproximan cobran, así, nuevo sentido.

Para el hombre bíblico, el “monte” era el lugar sagrado por excelencia: a medio camino entre la tierra y el cielo, era el lugar ideal para el encuentro del hombre con el mundo divino.

Es, por tanto, en el monte donde Dios se revela al hombre y le presenta sus proyectos.

3.2 Mensaje

El relato de la transfiguración de Jesús, más que una crónica fotográfica de acontecimientos, es una página de teología; ahí se presenta una catequesis sobre Jesús, el Hijo amado de Dios, que a través de la cruz muestra un proyecto de vida. El episodio está lleno de referencias al Antiguo Testamento. El “monte” nos sitúa en un contexto de revelación (es “en el monte” donde Dios se revela y donde hace la alianza con su Pueblo); el “cambio” del aspecto del rostro y los vestidos brillantes recuerdan el resplandor de Moisés, al descender del Sinaí (cf. Ex 34,29); la nube indica la presencia de Dios conduciendo a su Pueblo a través del desierto (cf. Ex 40,35; Nm 9,18.22;10,34). Moisés y Elías representan la Ley y los Profetas (que anuncian a Jesús y que permiten entenderle); además de eso, son personajes que, de acuerdo con la catequesis judía, debían aparecer el “día del Señor”, cuando se manifestase la salvación definitiva (cf. Dt 18,15-18; Mal 3,22-23). Ellos hablan con Jesús sobre su “muerte” (“exodon”, “partida”) que va a suceder en Jerusalén. La palabra utilizada por Lucas nos sitúa en el contexto del “éxodo”: la muerte cercana de Jesús es, pues, vista por Lucas como una muerte liberadora, que llevará al Pueblo de Dios de la tierra de la esclavitud a la tierra de la libertad.

El mensaje fundamental es, por tanto, este: Jesús es el Hijo amado de Dios, a través del cual el Padre ofrece a los hombres una propuesta de alianza y de liberación. El Antiguo Testamento (Ley y Profetas) y las figuras de Moisés y Elías apuntan hacia Jesús y anuncian la salvación definitiva que, en él, va a suceder. Esa liberación definitiva se va a producir en la cruz, cuando Jesús cumpla íntegramente su destino de entrega, de donación de amor total. Ese es el “nuevo éxodo”, el día de la liberación definitiva del Pueblo de Dios. ¿Y el “sueño” de los discípulos y las “tiendas”? El “sueño” es simbólico: los discípulos “duermen” porque no quieren entender que la “gloria” del mesías tenga que pasar por la experiencia de la cruz y de la entrega de la vida; la construcción de las “tiendas” (alusión a la “fiesta de las tiendas”, en las que se conmemoraba el tiempo del éxodo, cuando el Pueblo de Dios habitó en “tiendas, en el desierto”) parece significar que los discípulos querían detenerse en ese momento de revelación gloriosa, de fiesta, ignorando el destino de sufrimiento de Jesús.

3.3 Actualización

Reflexionad a partir de los siguientes puntos:

■ El hecho fundamental de este episodio reside en la revelación de Jesús como el Hijo amado de Dios, que va a realizar el plan salvador y liberador del Padre en favor de los hombres a través de la donación

de la vida, de la entrega total de sí mismo por amor. De esa forma es como se realiza nuestro paso de la esclavitud del egoísmo a la libertad del amor. La “transfiguración” anuncia la vida nueva que de ahí nace, la resurrección.

■ Los tres discípulos que comparten la experiencia de la transfiguración, se niegan a aceptar que el triunfo del proyecto liberador del Padre pase por el sufrimiento y por la cruz. Ellos sólo conciben a un Dios que se manifiesta en el poder, en los honores, en los triunfos, y no entienden a un Dios que se manifiesta en el servicio, en el amor que se da. ¿Cuál es el camino de la Iglesia de Jesús (y de cada uno de nosotros, en particular: un camino de búsqueda de honores, de influencias, de cercanía al poder, o un camino de servicio a los más pobres, de lucha por la justicia y por la verdad, de amor que se hace don? ¿Es en el amor y en la donación de la vida donde buscamos la vida nueva aquí anunciada?

■ Los discípulos, testigos de la transfiguración, parece que tampoco tienen muchos deseos de “bajar del monte” y enfrentarse al mundo y a los problemas de los hombres. Representan a todos aquellos que viven con los ojos puestos en el cielo, pero alejados de la realidad concreta del mundo, sin voluntad de intervenir para renovarlo y transformarlo. Sin embargo, la experiencia de Jesús obliga a continuar la obra que él comenzó y a “volver al mundo” para hacer de la vida un don y una entrega a los hombres nuestros hermanos. La religión no es un “opio” que nos adormece, sino un compromiso con Dios que se hace compromiso de amor con el mundo y con los hombres.

ALGUNAS SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA EL 2º DOMINGO DE CUARESMA

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de la semana anterior a este domingo segundo de Cuaresma, intenta meditar la Palabra de Dios. Medítala personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elige un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo de la parroquia, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. Conseguid un tiempo de contemplación.

A lo largo de la celebración de la Eucaristía, conseguid un verdadero tiempo de contemplación silenciosa (ya sea después de la homilía, o después de la comunión), un tiempo que deberá ser introducido de manera que sea un “mano a mano” con Cristo transfigurado, “Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso” (segunda lectura)

3. Oración en la lectio divina.

En la meditación de la Palabra de Dios (lectio divina), se puede prolongar el momento de la acogida de las lecturas con una oración.

Al final de la primera lectura: “Dios de Abrahán, Dios de nuestros padres en la fe, te reconocemos como el Padre del Pueblo innumerable de los creyentes, que tu multiplicaste como las estrellas del cielo y la arena del desierto. Nosotros te bendecimos.

Te pedimos por todos los creyentes que se reconocen hijos de Abrahán en diferentes confesiones. Que tu Espíritu nos gué hacia la unidad”.

Al final de la segunda lectura: “Padre, te damos gracias porque nos hiciste ciudadanos de los cielos y nos diste los modelos de Jesús y de los Apóstoles para guiarnos.

Que tu Espíritu, por su poder, transforme nuestros pobres cuerpos a imagen del cuerpo glorioso de tu Hijo, que esperamos como Salvador. Confirma nuestra esperanza”.

Al finalizar el Evangelio: “Dios de luz, bendito seas por estos momentos de oración que nos ofreces cada domingo. Tú nos transportas a la montaña, con Jesús y los discípulos. ¡Qué bueno es bueno estar aquí, en tu presencia!

Nosotros te pedimos: abre el corazón y el espíritu de todos los fieles cristianos a la Palabra viva de tu Hijo bien amado, para que lo escuchemos”.

4. Plegaria Eucarística.

La Plegaria Eucarística III se adapta bien a la liturgia de este domingo.

5. Palabra para el camino.

“Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle”...

Es posible que quede muy lejos de nosotros el catecismo, y que nuestro bagaje religioso sea tal vez muy escaso: la Cuaresma es la ocasión para recuperar energías. ¿Cómo? Se trata de ir a las fuentes, al fundamento. Esta fuente es Jesucristo. “Escuchadle”, dice la voz que se oye desde la nube: ¡ven a beber de su Palabra!

¿Abrimos el Libro de donde mana esta fuente de agua viva? ¿Será posible que al leer los Evangelios, este año el Evangelio de Lucas, abramos los oídos y nos dejemos sorprender por el Maestro?

Sacerdotes del Corazón de Jesús (Padres Reparadores- Dehonianos)

www.scj.es